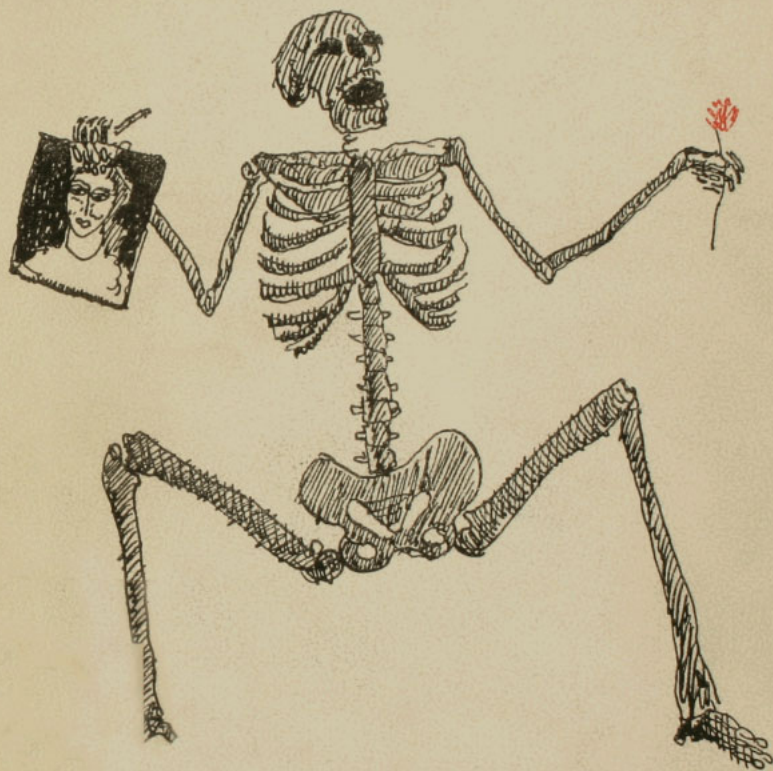


Entre Luche y Cochayuyo



Roberto Parra S.

Roberto Parra S.

Entre Luche y Cochayuyo

AEP AUTOEDICIONES
POPULARES

TALLER LUCAN-RUMI

25569

Roberto Parra

Entre Lucho y Cochayuyo

© ROBERTO PARRA SANDOVAL

INSCRIPCION Nº 68.575

Roberto Parra Sandoval

DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO Y DIAGRAMACION: Taller Lican-Rumi

ILUSTRACIONES: Romilio Chandía

- * El Huaso Sánchez y su China (p. 7)
- * Desollado por sí mismo (p. 11)
- * Cabeza de mariposa (p. 15)
- * El Cherruve (p. 17)

Primera Edición

Santiago de Chile, enero de 1988

AUTOEDICIONES POPULARES / TALLER LICAN-RUMI

Entre Luche y Cochayuyo



Para no mentir ni tampoco jurar en vano, ni menos por la sagrada escritura, no soy como aquellos hipócritas que después que tiran la piedra encogen el brazo, no soy puritano, ni malulo, tampoco soy como la paja en l'era, entre luce y cochayuyo. Voy a decir la pura y santa verdad. Estoy hablando en mi sano juicio. Nosotros los del más allá también tenemos derecho a hacer zamba canuta o decir las doce palabras redobladas, hablar en jerigonza. Nadie me prohíbe decir ¡Viva la Cordillera de los Andes y muera la Cordillera de la Costa!, como dice Nicanor Parra.

Viví en la tierra como todos ustedes: conocí el sur y el norte. Me bañé en el mar, conocí los huracanes, tempestades, terremotos, crucé los desiertos, caminé por las selvas. Fui marino de la mercante, pasé de un lugar a otro, trabajé en las minas, en los ferrocarriles, fui guarda-cruces del tren trocha angosta de Pirque a Puente Alto.

No voy a negar que perdí buenas pegas por huelguista. Participé en movimientos revolucionarios, agitador de masas, estuve encarcelado con otros dirigentes gremiales. Para no alargar la conversación voy a contarles cómo me pasó este percance.

Era un 18 de setiembre. Me habían dado un reajuste y cancelación: venía muy atortado. Bajé con tres amigos, después seguí solo la huella. Como era hombre tranquilo, nadie me apuntaba con el dedo. No cometí escándalo en la vía pública. Fui religioso: iba a misa todos los domingos, aprendí el padrenuestro, el avemaria, oraciones para espantar los espíritus, saludar correctamen-

te. Como todos los ciudadanos hice el Servicio Militar, salí de Cabo de Reserva con dos jinetas. Después me dediqué al zapato, vendí volantines en el mes de agosto, bolitas, trompos y naipes juleros. Pero todo era entretenición.

Recuerdo el último día de mi vida en la tierra.

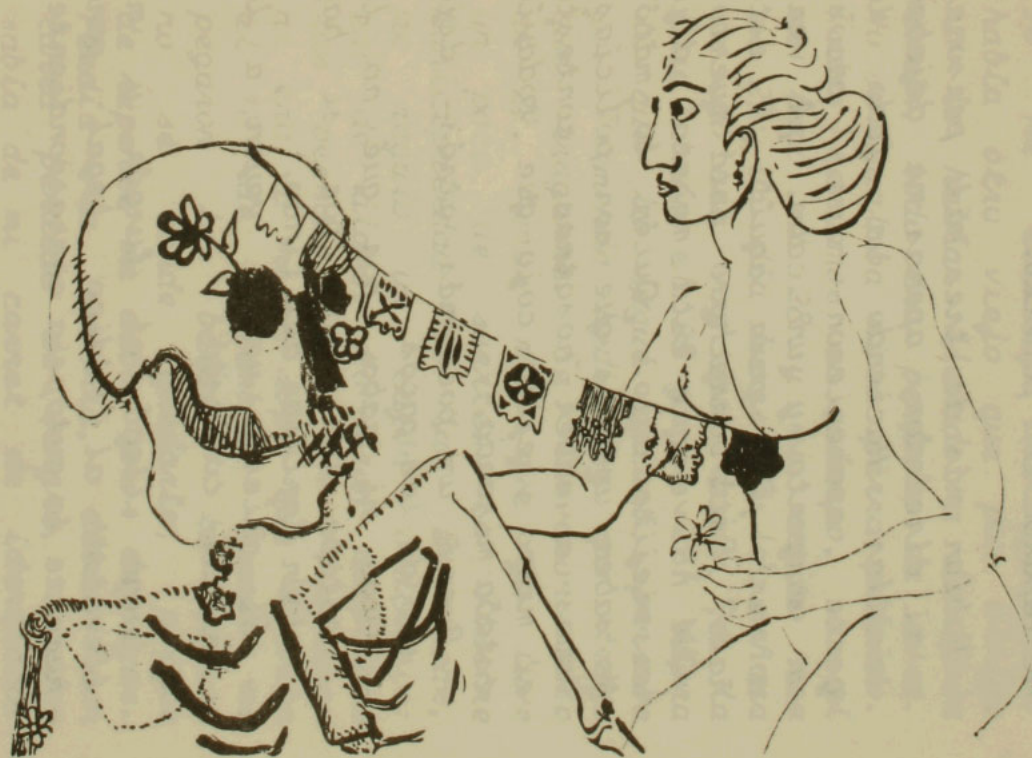
Se celebraba como todos los años el 18 de setiembre en el Parque Cousiño, recorrí las ramadas tomando chicha con cacho. Como a las tres de la tarde entré a una fonda, las cuecas estaban que ardían: con arpa, acordeón y guitarra. Más contento que un caracol de viña pedí dos jarros de chicha ¡Estaba heladita la bribona! Le serví un jarro a los maestros cantores y pedí una cueca. Saqué a bailar a la negra más linda que había en la ramada, más inocente que el 28 de diciembre.

En la tercera pata de la cueca, por entremedio de la gente apareció un ñato y quedó mirando fijamente a mi pareja; no sé si sería el amante o el marido de ella. Yo no alcancé a defenderme porque

el maldito me pegó tres balazos: uno en el pómulo izquierdo, el segundo en el brazo derecho y el tercero en pleno corazón. Morí casi instantáneamente; entre la vida y la muerte alcancé a oír algunas palabras que decían: ¡No era el fulano que yo buscaba! Nada se arreglaba con esto porque yo estaba botado en el suelo con mis tres píldoras tragadas. La sangre me salía a borbotones por boca y narices, el hechor se espientó. Para no comprometerse el dueño de la fonda, mandó que me arrastraran de una pata hacia afuera.

Habían pasado como cinco minutos que yo era finado, cuando una señora decía: ¡De dónde será el pobrecito? Me dieron ganas de decirle ¡No se meta en cosas que no debe, señora! ¡No sea copuchenta! Pero me tragué las palabras. Otra mujer lloraba amargamente diciendo: ¡Si es mi marido el que está muerto!

Para colmo de la desgracia, cuando me arrastraron de la fonda hacia afuera, una pierna del pantalón se descosió. Mi cara



estaba inconocible, desfigurado, era una masa de sangre y barro. Mis ojos apenas podían ver la copucha de la gente. Después me taparon con papeles.

Habían más de tres mil personas a mi alrededor, apenas me dejaban resollar. Haciendo un lado la gente aparecieron los pacos: un sargento y un cabo. ¡A ver, a ver! ¡Qué pasa aquí! ¿Y este ñato? ¿Está borracho o está muerto? ¡Qué no ve que está muerto! dijo un viejito cojo. ¿Quién lo mató? No saben ustedes que son policías, vamos a saber nosotros, contestó el mismo viejito cojo que todavía estaba mirando.

- Bueno, un poco más atrás- dijo uno de los pacos.
- Oiga mi cabo, por qué no le destapa la cara, por si hay algún familiar del finao.
- Si quieren verlo, vayan a la morgue- contestó.

Luego llegó el furgón y me llevaron al Médico Legal para hacerme la autopsia correspondiente.

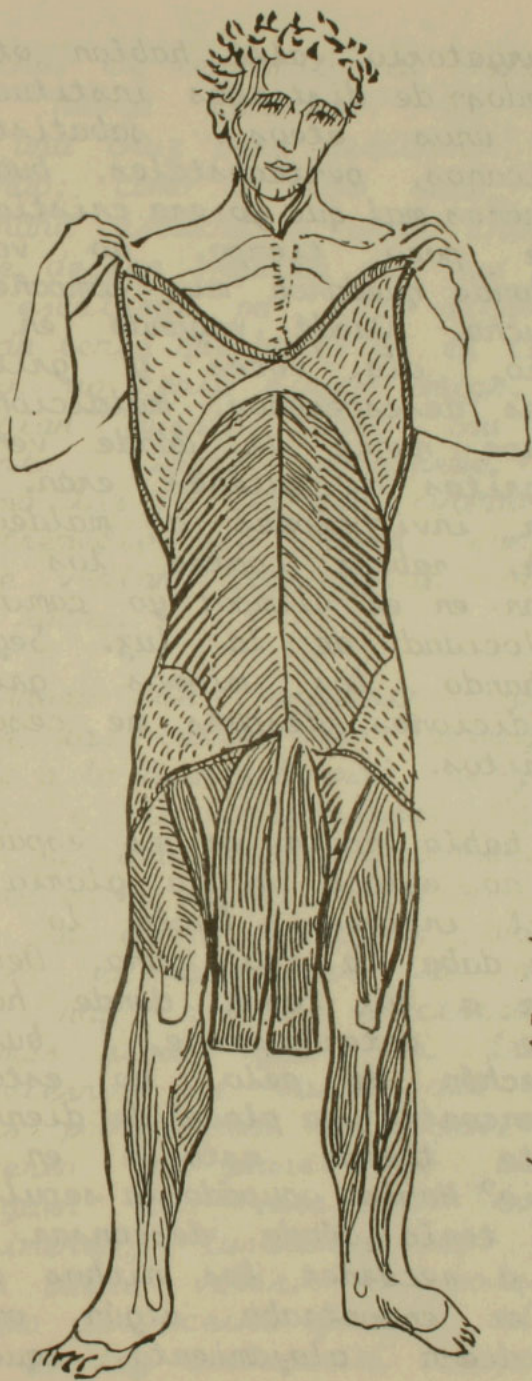
Mis familiares nada sabían de lo sucedido. Me anduvieron buscando un mes y medio. Fueron

al subterráneo de la morgue y no me reconocieron. Éramos como treinta muertos que estábamos por el mismo caso: asesinato. Yo me estaba descomponiendo; había otro viejo que por olvido no lo habían llevado a la fosa común, todo era perfume de rosa. No se igualaba ni a perro podrido. Todos teníamos un número, a mí me tocó el 28 y mi vecino era el 27. Un día lunes en la mañana se oyó una voz que dijo: ¡A la fosa común el 28 y el 27! Ahora sí que la saqué apianá, pensaba yo. Tremenda hediondez que tengo que tragarme. Se llevaron sólo al 27. Menos mal que yo tuve un poco de suerte. La Ilustre Municipalidad de las Barrancas, me regaló un cajón ordinario: era de álamo. No eran conocidas las personas que me vistieron ni era la misma ropa que llevaba el 18 de setiembre. Cuando me pegaron los balazos la camisa no sé dónde quedaría, porque de repente me daban unos desmayos. Perdía la memoria, débil con tanta pérdida de sangre, tampoco sabía de mi carnet de identidad. ¿Cómo voy a presentar mis credenciales para sacar el pase? No tuve que hacer ninguna diligencia,

para enterrarme fue de lo más sencillo. Cuando me echaron la primera palada de tierra se quebró la tapa del cajón y me entró toda la tierra que casi me ahogo, algún día me las pagarán. Me dejaron unas flores, también rezaron un padrenuestro y se marcharon sin decir palabras.

Me quedé dormido, para no mentir, no sé cuánto tiempo. Pero lo que puedo asegurar, que cuando desperté no había nada en mi sepultura; quise levantarme y no tenía pierna ni brazo, menos cuerpo. ¿Saben lo que había? Un manojo de pelo blanquizco pegado a la calavera y la suela de un zapato. Era todo lo que quedaba del Maestro Pinina. Salí a dar un vistazo. No me interesaba el manojo de pelo ni la suela del zapato. No volví más a mi sepultura, me entretuve con otros amigos que habían en las mismas condiciones mías: asesinato.

Cambiamos de ideas, formamos un sindicato, fui presidente de esa institución mortífera: 120 días de huelga, 30 de ayuno por ganar la gloria. Ganamos la huelga pero yo fui desterrado



El desollado por si mismo

al purgatorio, allá habían otros relegados de distintas instituciones: unos ateos, sabatistas, dominicanos, pentecostales, budistas; menos mal que yo era cristiano. Estuve poco tiempo, no volví más donde quedaron mis compañeros de lucha. Quedé vagando en el espacio, oía voces y gritos; llantos desesperados, maldiciones. No supe nunca de dónde venían los gritos ni quiénes eran. Me hacían invitaciones a maldecir, gritar, rabiar contra los que estaban en el olimpo; yo caminaba a velocidad de la luz. Seguía escuchando los mismos gritos y maldiciones, después me cesaron los gritos.

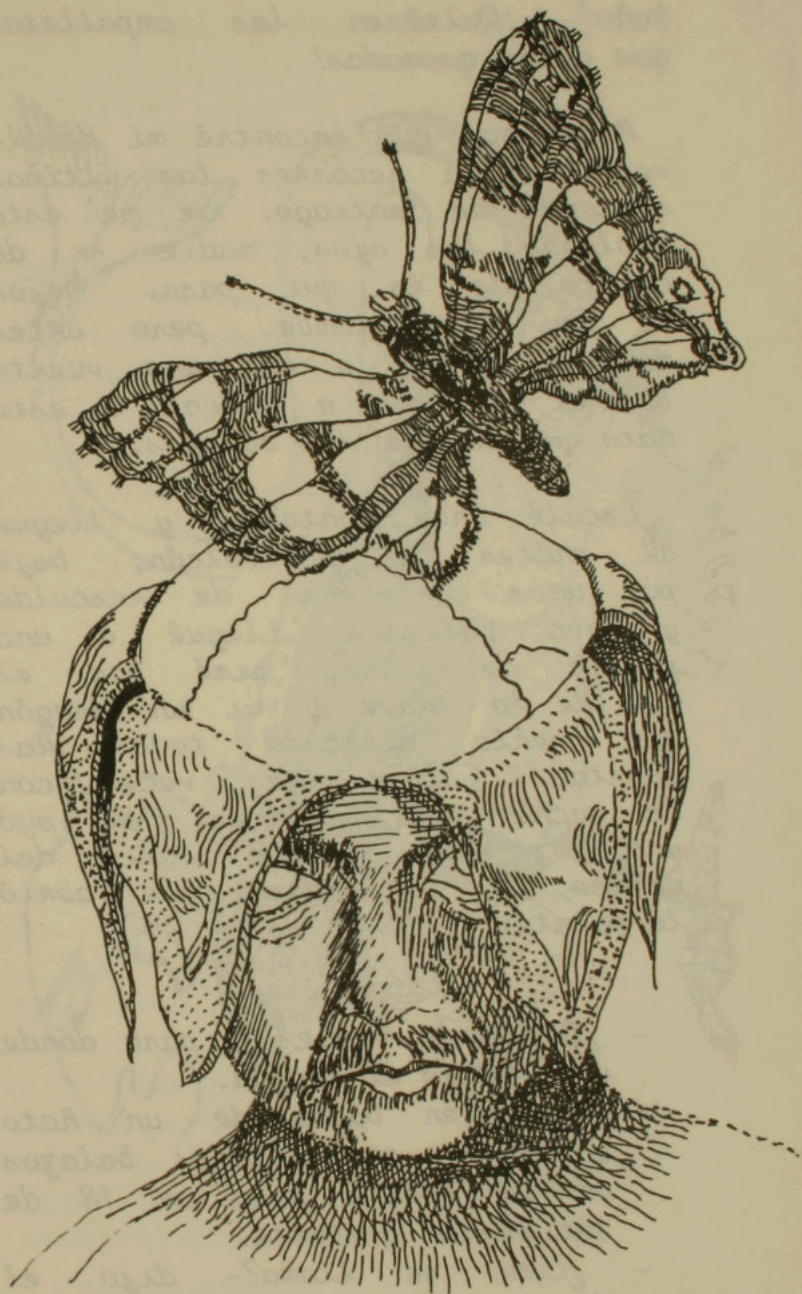
No había nadie en el espacio; como no estaba en la gloria ni en el infierno, hacía lo que se me daba la real gana. Decidí volver a mi tumba donde había estado anteriormente, busqué mi mechón de pelo, no estaba, sólo encontré una placa de dientes. ¿Cuánto tiempo estaría en el espacio? Habían ocupado la sepultura y no tenía dónde descansar. Me puse a recorrer los nichos para ver si encontraba algún amigo que diera alojamiento aquella

noche. El terremoto de 1906 todo lo había cambiado. Me colgué de una cruz para descansar, durmiendo; como a las seis de la mañana escuché a unos chiquillos que decían ¡Agüita pa' las flores y escaleras pa' los nichos! Ya nada tenía que hacer en el cementerio, no tenía ningún amigo, todos habían muerto. Como era jueves santo, logré escaparme. Eran como las 12 del día cuando salía entremedio de unos campesinos que venían con manta. No hubo ni rocha.

Ahora me encuentro paseando por las calles de Santiago, he ido a la Quinta Normal, al zoológico, a la Universidad Católica, a la Biblioteca Nacional. Todo está en su lugar; lo que ha cambiado es la calle Matucana, ahora no pasa el tren por su avenida, no hay carros eléctricos. Lo demás sigue igual: el frío del invierno, el calor del verano, las poblaciones callampas, curaos mueren a granel de cirrosis, siguen los asaltos, cogoteos, crímenes, fusilamientos, ya no se puede vivir. Me molesta el humo del aceite quemado, el abuso de la ley tributaria, las colectas

para los bomberos, las coronas
para los padres de la patria,
las confirmaciones a todo sol,
la parada militar, el orfeón
de carabineros, la orquesta sinfóni-
ca municipal, otra vez elecciones
presidenciales, no puedo soportar
más.

Me estoy volviendo loco. ¿Qué
no ven que soy un alma en pena?
Por favor présteme una máquina
de afeitar. ¿Dónde está mi overol?
Tengo que ir a San Bernardo,
que se callen las bocinas de
los autos, ya pusieron huevos
las gallinas. ¿Por qué llora
esa guagua? ¿Quién podrá curarme
esta herida que tengo en un pie?
No me gustan los abusos, están
cayendo piedras del cielo, la
humanidad las pagará. ¡Córtenle
la cola a ese perro que está
envenenado! Demonios con cola
de gato me persiguen, esta fiebre
maldita me va a matar. ¿Qué será
de Don Leuta, del Canarito, de
Don Nica, del Capitán Mentira?
Todos fueron grandes sabios,
caballeros de pera y bigote.
Yo les pregunto: ¿Cómo se vive
más, corriendo rápido o despacio?
¿Qué no oyen el timbre? ¡Apaguen
las luces! ¡Tiren la cadena del

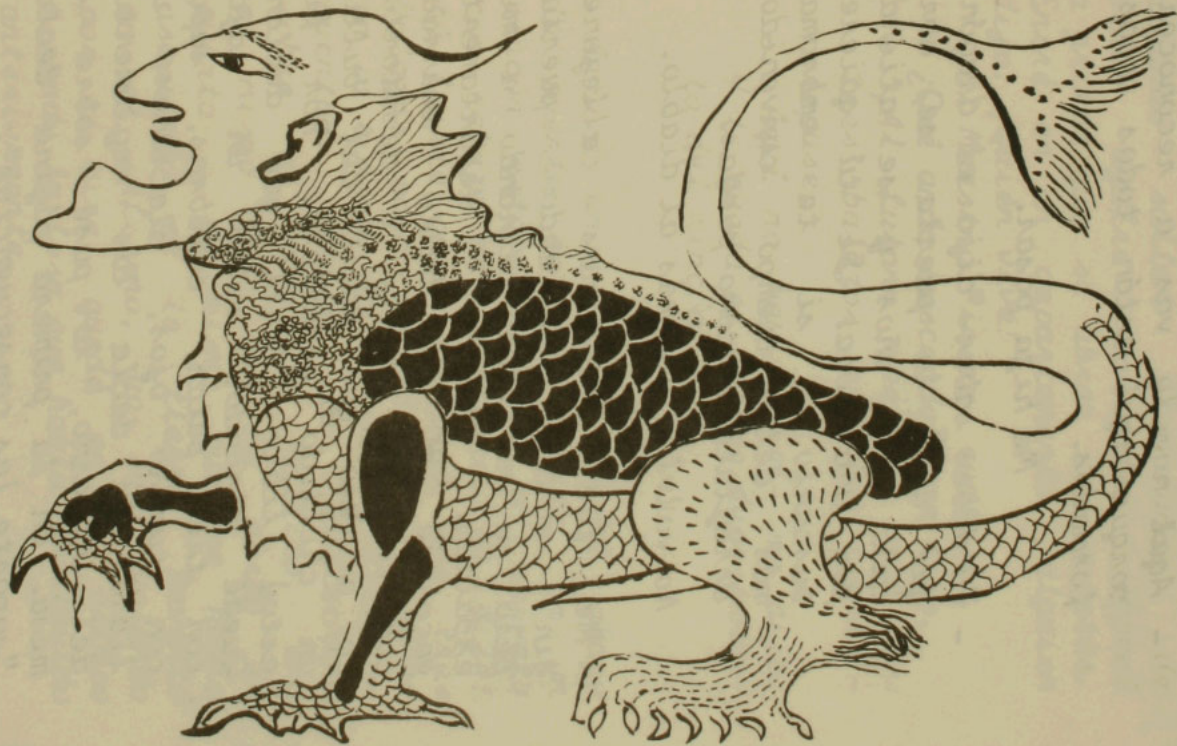


baño! ¡Quiebren las ampolletas que están quemadas!

Menos mal que encontré mi revólver, voy a recorrer los últimos rincones de Santiago. Se me está nublando los ojos, nadie se da cuenta de lo que pasa. Mejor me voy a mi tumba, pero antes de partir voy a dar una vuelta por el infierno a buscar a este ñato que me pegó los balazos.

Escalé unas montañas y llegué al cráter de un volcán, bajé por unos corredores de rescoldo y lava caliente. Llegué a una puerta de cobre, miré por el ojo de la llave y vi un dragón que venía cerrando todas las puertas. Golpié tres veces con la cacha del revólver. Se oyó una voz profunda que salía del centro de la tierra. Se abrió la puerta.

- ¿De dónde vienes y para dónde vas?— dijo el dragón.
- Vengo en busca de un ñato que me pegó tres balazos en la tierra para un 18 de setiembre— contesté.
- ¿Cómo se llama?— dijo el dragón.



- No lo sé- contesté. Lo vi por primera vez ese día.
- Aquí no lo vas a reconocer, porque aquí están todos transformados.

Me hizo pasar.

- Tú debes saber- dijo el dragón- que aquí la puerta se abre cada cien años y se atiende por una hora. Si tú quieres buscarlo y si te embromas más del tiempo convenido, arréglatelas como puedas.

No volví a ver más al diablo.

Me fui por unos callejones sin salida, abriendo puertas pero se me iban cerrando a mis espaldas. En un departamento encontré a un bulto amarrado con cadenas: empecé a desatarlo. Lo primero que salió del bulto: un chillido espantoso. Por fin estoy libre- sentí que decían. Quedé mirando: salió un cajón con tres patas, culebras, sapos con cuatro ojos, alacranes; un libro que decía los reglamentos del infierno, lo puse sobre la mesa. En la primera página decía: "soporte las consecuencias".

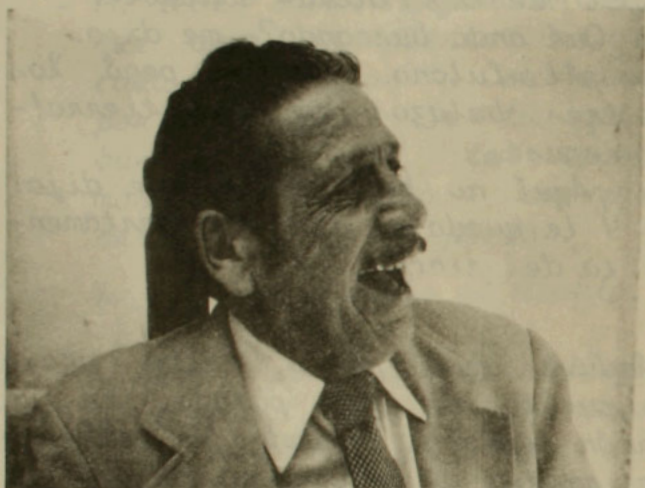
Los departamentos son sin cuenta,

seguí por unas escaleras corriendo abriendo puerta por puerta: de algunas salían llamaradas, de otros azufre caliente; empecé a gritar que se abran las puertas. Entré en un departamento, alguien dijo: ¡Quién vive!

- El Maestro Pirina- contesté.
- ¿Qué anda buscando?- me dijo.
- ¡Al fulano que me pegó los tres balazos en la tierra!- repuse.
- ¡Aquí no hay nadie!- me dijo. Y le queda el último departamento del rincón.

Anduve unos pasos, eché abajo la puerta de una patada. En un rincón estaba sentado un chivato con cabeza de cristiano. Le dije: tú fuiste quien me pegó los tres balazos para un 18 de setiembre en la tierra. Ahora vamos a arreglar cuentas. Vacíé la cartuchera sobre el monstruo maldito, era el mismo ñato que me abrió la puerta y el mismo que me había asesinado en la tierra. Reventó en el infierno, yo salí volando por el aire, quedé en el olimpo mirando la fosa que había construido anteriormente.

Desde entonces no hay infierno.



Este libro se terminó de imprimir en enero de 1988,
en Santiago de Chile.

AEP AUTOEDICIONES
POPULARES

TAJER **LICAN-RUMI**